

LA SEMANA CINEMATOGRAFICA



ELSIE FERGUSON

Año III :: Núm. 111
: 17 de Junio de 1920 :

Precio: 60 centavos



PARADOJAS

A Babette.

Me acusa usted, distinguida lectora, de ser yo un egoísta refinado y de no pensar en otra cosa, al exponer mis ideas acerca de la mujer y su condición social, que en mi propio bienestar. Tomando usted pie de mi artículo «Reformar a las Mujeres», dice usted, por ejemplo, que no comprende cómo puedo yo sostener que no convendría que todas las mujeres fuesen muy inteligentes. «Por lo que veo, señor Scout,—agrega usted,—lo que usted desea es que nosotras seamos ignorantes y tontas de capirote, para poder ustedes los hombres dominarnos a su antojo».

Le diré, mi amiga Babetre, que su carta me ha dejado más de una hora perplejo y asombrado. ¡Verme yo acusado por ustedes! ¡Yo, que nunca he tenido otro propósito que el de servirles y ayudarles contra la opresión de los hombres, verme ahora sindicado de opresor y de egoísta! ¡Yo, trabajando contra ustedes! ¡Yo, queriendo que ustedes sean ignorantes! ¡Yo, queriendo que ustedes sean tontas! ¡Yo...! ¡Por Dios!

Hay en literatura una figura que los retóricos llaman paradoja. Esta figura, que es muy usada por las mujeres, aun por las que nunca han estudiado literatura, consiste en decir aparentemente lo contrario de lo que se piensa. ¿No será su carta una paradoja? ¿O no será mi artículo una paradoja? En todo caso, me parece que lo único que hay de por medio en este enredo, no es más que una cuestión de paradojas.

¿Tomó entonces a lo serio, mi estimada amiga, aquello que yo decía en ese artículo? ¿Si? Pues entonces está usted muy equivocada, pues yo tengo la rara manía de decir todas las cosas al revés. ¿Pensó usted que era cierto aquello que yo decía de que «si las mujeres fueran todas muy inteligentes dominarían luego a los hombres» y que, por lo tanto, «lo mejor era dejarlas como son»? Pues, le contaré que lo que yo quería decir en se párrafo, era todo lo contrario: quería

yo decirles a ustedes: «¿No ven que los hombres las tienen dominadas porque son más ignorantes y más tontas que ellos? ¿No comprenden que si ustedes se instruyeran y desarrollaran su inteligencia y su energía, podrían llegar fácilmente a dominar el mundo?» Esto es lo que yo quería decir, pero, desgraciadamente, mi manía paradójica me hizo decir precisamente lo contrario.

Pero ¿qué tiene de extraño que yo paradojice así, cuando ustedes, las lindas mujercitas, no hacen otra cosa? ¿Cree usted, por ejemplo, que yo voy a tomar a derechas lo que usted me dice en su carta? N6; acostumbrado como estoy a penetrar los misterios del corazón femenino, comprendo perfectamente que toda su aparente reprimenda no es otra cosa que un aplauso disimulado y cariñoso que me manda.

No me resta, pues, querida lectora, más que darle las gracias por su atención para conmigo y felicitarla por la gentil manera que usted tiene de manifestar su aprecio y simpatía.

Scout.



La hora del beso

Durante el curso de una discusión en la Sociedad de Medicina de Nueva York, el doctor Brown, de Saranae Lake, ha declarado que a las mujeres debe besárselas por la noche y por la tarde, pero nunca por la mañana. El beso vespertino puede ser, y hasta es, saludable, mientras que el matinal es terriblemente peligroso.

El distinguido sabio no afirma esto porque le dé la gana, sino que lo justifica en razones científicas. Según sus descubrimientos, los rayos del sol, y a falta de ellos, sencillamente la luz del día, complicada con la frescura del aire, van actuando sobre la piel hasta esterilizarla completamente.

Una experiencia realizada con cierta joven—añade el sabio—ha demostrado que los besos matinales contienen gérmenes muy peligrosos, en tanto que los besos más tardíos constituyen un placer sin riesgo. Este hombre imperturbable termina aconsejando a la raza humana que se bese por la noche, y cuando no tenga paciencia para tanto, a media tarde, por lo menos.